

Reseña

Flavia Freidenberg, *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*, Madrid, Editorial Síntesis, 2007, 287 pp.

Víctor Alarcón Olguín*

El retorno de la democracia en América Latina nos ha mostrado que su posibilidad de asentamiento y consolidación como una práctica política y cultural no ha traído hasta el momento, la posibilidad de encontrar un consenso entre las distintas fuerzas sociales que se mueven desde los entornos ideológicos de la derecha y la izquierda, así como entre quienes defienden la perspectiva liberal-representativa frente a la postura social-participativa de las instituciones de gobierno y la economía.

En este contexto, la traducción más significativa de esta problemática es la disputa que se ha mantenido durante estos años entre el neoliberalismo y el movimiento neopopulista, en la cual este último ha venido ganando importantes espacios a lo largo del continente. Al entender la esencia e impacto de este fenómeno de movilización e identidad política, es que la profesora Flavia Freidenberg dedica el alcance general del libro que aquí comentamos, con el ánimo de ir más allá de los personajes y los liderazgos carismáticos con que regularmente se ha identificado al fenómeno.

La autora ciertamente nos indica que el populismo se caracteriza como una práctica limítrofe de la democracia. Esto es, implica un sistema de movilización y apelación constante del líder hacia las masas, mismas que deben percibir un nivel de inclusión a efecto de permanecer en la órbita de influencia e intercambio que finalmente se manifiesta tanto en la arena electoral como en la de movilización para apoyar las acciones de gobierno.

Sin embargo, una de las problemáticas que presenta el fenómeno populista es que el líder termina por desarrollar un mecanismo de subordinación

* Maestro en Gobierno y Estudios Internacionales por la Universidad de Notre Dame, Indiana, Estados Unidos. Candidato a Doctor en Estudios Sociales (con especialidad en Procesos Políticos) por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

de los poderes institucionales, a efecto de que éstos respondan a las exigencias decisorias de la población. En este caso, los sistemas populistas apelan en el mejor de los casos al uso de los plebiscitos y los referéndums, a través de los cuales se intenta contrarrestar todo desvío hecho por parte de los sectores que contradigan la voluntad popular, antes de llegar a las acciones de proscripción o marginación de los adversarios políticos.

Formalmente, el discurso populista siempre se pretende identificar como democrático y revolucionario. Implica entonces una situación que no podría calificarse como dictatorial porque se realiza una convocatoria hacia la participación y la restauración de la igualdad usurpada por las élites. Adicionalmente se autodefine como nacionalista. Sin embargo, esto se distorsiona cuando el movimiento populista se aparta del orden legal, a la vez que propicia acciones como el control de medios y se alienta la demagogia alrededor del líder o el movimiento en perjuicio de la celebración de elecciones libres o el mero ejercicio de las libertades más elementales como las de reunión, imprenta u oposición político-electoral.

La autora valora que el populismo en América Latina ciertamente se erige como una fuerza democratizadora, en tanto pone a las sociedades en movimiento y en reclamo por una mayor aplicación y acceso a los derechos y bienes públicos. Siguiendo a esta lógica, los populismos entonces no surgen necesariamente bajo el sello único de las crisis políticas.

Como ya se indicó, el populismo ataca a la conformación oligárquica en materia económica, así como al monopolio de los partidos en el contexto de la representación política. En la actualidad, sus objetivos se han desplazado hacia la construcción de un peligroso antagonismo entre ciudadanos *versus* partidos; o también identificado como el de políticos *versus* la sociedad civil. La autora admite que sin acotamientos, el populismo se vuelve igualmente excluyente e intolerante frente a los sectores que aduce corregir, colocándose incluso en la negación de la propia democracia, las libertades públicas y derechos humanos.

El populismo usualmente se define por un bajo nivel de institucionalización sistémica, no sólo dentro del ámbito partidario representativo, sino en la estructura general de la sociedad, misma que no encuentra espacios adecuados para canalizar sus demandas. A esa debilidad en el nivel de la institucionalización del régimen político contribuyen las condiciones de la ambigüedad ideológica y el pragmatismo igualitarista, mismos que vienen asociados con el mesianismo providencialista de la infalibilidad del liderazgo carismático de quienes asumen sea la denuncia o la respuesta a los contextos de pobreza y marginación en que se desenvuelven los entornos políticos y económicos. La presión social es un importante detonador para definir los mecanismos de acercamiento, preservación y efectividad de evaluación en materia de resultados por parte del líder frente a sus seguidores, aun cuando no haya información suficiente sobre ellos.

Pese a la dificultad que han significado el enfoque radial o acumulativo, frente al de dominio o campo primario (al que se adhiere la autora al privilegiar el aspecto del liderazgo como rasgo definitorio del populismo) resulta interesante mantener los elementos que se presentan de la definición de K. Roberts, quien es citado por la propia autora:

- a) Liderazgo paternalista y personalista;
- b) Una coalición política heterogénea y multclasista;
- c) Un proceso de movilización política;
- d) Ideología ecléctica;
- e) Método económico sustentado en acciones clientelares y redistributivas.

Resulta claro que los rasgos antes descritos terminan siendo asimilados dentro de la propia definición de la autora, aun cuando se pretende colocarse sólo dentro de la parte política del fenómeno, en tanto los marcos relacional y contextual (p. 31) serían consecuencia o reacción a la acción primaria del liderazgo, el cual se caracteriza por una fuerte dosis de autonomía y oportunidad. El liderazgo sería entonces el factor transversal que permitiría desplazar la definición a lo largo del tiempo, al margen de qué tan viejo o nuevo sea el caso populista a examinar.

En este sentido, conviene señalar el esfuerzo metodológico emprendido por la autora, en lo relativo a ubicar la evolución histórica del populismo dentro de América Latina, la cual a su vez le permite arribar a una clasificación de los mismos, definiendo así a los de tipo temprano, clásico, tardío, así como a los de corte neoliberal y estatistas.

La autora adicionalmente nos ofrece un conjunto de variables que pueden ser identificadas para recorrer los diversos casos de viejos y nuevos populismos:

- a) Contexto.
- b) Estilo de liderazgo.
- c) Base social de apoyo.
- d) Tipo de movilización.
- e) Estrategias discursivas.
- f) Contenido de la política económica y social.
- g) Interés o no en la participación electoral.

Los populismos han dependido fuertemente de los medios de comunicación, y se dedican a tratar de fortalecer las redes de intercambio en términos de la estructura de mediación que les resulte más adecuada, pudiendo ser o no, en su caso, bajo la figura de partidos, movimientos u organizaciones civiles que tienden a adoptar el tono monopólico del ofi-

cialismo que requiere de la aprobación formal del líder, y a su vez implica la administración de alguno de sus herederos familiares o discípulos “autorizados”. Así lo podemos ver hasta la fecha, con experiencias como el peronismo, el cardenismo, el battlismo o el torrijismo.

El libro igualmente nos muestra la paradoja en la cual el populismo puede ser un factor impulsor de cambios estructurales en los modelos de articulación política. Esto es, sus acciones precisamente surgen a partir de la necesidad que se tiene para obtener respuestas para la población. De ahí el caso de poder encontrar opciones neoliberales o antiliberales de populismo en la actualidad. Esto es, podemos ubicar a populismos y populistas de izquierda o derecha, y más precisamente, con la postura de mezclar de manera indiscriminada conceptos y actitudes de todo tipo de ideologías.

Por otra parte, resulta interesante constatar que los márgenes de acción internos y externos con los cuales los líderes populistas se mueven actualmente no son tan amplios como uno podría suponer, de ahí que la virulencia e intensidad con que los líderes se disponen a modificar sus entornos no sea tan abierta como uno lo supone era en el pasado, especialmente en el campo económico, pese a que se declaren reticentes a la globalización y la apertura comercial. De ahí el sentimiento de nostalgia y la decepción que reciben los seguidores cuando se observa que el líder no avanza en la dirección prometida, especialmente cuando se adhiere a la idea de proteger las políticas e instituciones de asistencia social.

De esta manera, la relación de casos que son incorporados dentro del libro, implican un amplio recorrido por la historia latinoamericana del último siglo, presentándonos aspectos significativos a considerar en términos de poder ubicar prácticas adyacentes que expresan la naturaleza combinada de dicho tipo de liderazgo, como lo llegan a significar el clientelismo, el cacicazgo, el caudillismo, el patronazgo o el patrimonialismo, en donde todos ellos terminan por mostrar un rostro adulterado y corrupto de los propios esquemas políticos.

La autora nos ofrece una importante fuente de casos que permiten cruzar a las distintas etapas históricas, las variables contextuales y los tipos de liderazgo populista, dando así lugar a un importante mosaico que permite ubicar precisamente que los populismos se debilitan en la medida que existen instituciones de gobierno y organizaciones político-partidarias fuertes, aunque las mismas también requieren estar apuntaladas por una importante dosis de estabilidad económica. De otra manera, los matices existentes entre populismos desestructurantes como los de Fujimori, Chávez, Morales o Correa (que apelan a una lógica refundacional), se distinguen de los modelos más institucionalizados y negociadores como los de Lula da Silva, Kirchner, Vázquez o inclusive Fox para el caso mexicano en la transición, los cuales debieron recorrer dicho camino ante la fuerza y cohesión

existente dentro de las fuerzas de oposición y el grado de legitimidad existente con respecto a las prácticas políticas de sus modelos de gobierno.

En resumen, la pertinencia del libro de Flavia Freidenberg destaca por su fuerza integradora y la capacidad sintética que le permiten establecer una visión comparativa de enorme utilidad acerca de uno de los fenómenos políticos más complejos que se manifiesta en nuestra región latinoamericana actual, como lo es precisamente la problemática del populismo. Sin duda, su vigencia radicará no sólo por el arco temporal que cubre, sino por el aporte que implica haber realizado un sólido ejercicio de interpretación metodológico-cualitativo, cuestión que le distingue de la tendencia dominante en la ciencia política, que percibe una comparación exitosa sólo bajo los parámetros de la probabilidad y las cifras.